R. MELLA
A. PESTAÑA

LA SOLIDARIDAD

PARA UN FIN

por R. Mella

¿Que es el Sindicalismo?

por A. Pestaña

NOCION DE DIOS
Y
NOCION DEL ESPACIO

por F. Ameghino

EDITADO POR EL CENTRO DE E. SOCIALES
LUZ Y VIDA
1921

Se reparte gratis

INTERSINDICAL OBRERA
DE
LENGUA ESPAÑOLA
EN FRANCIA

A LOS COMPAÑEROS

Todos los que leeréis este pequeño folleto, veréis que en el mismo están recopilados trabajos que son escritos para destinarlos a circulares de propaganda; pero si dando una mirada en torno de cada uno, y viendo la desmoralización reinante entre los compañeros, debido a una infinidad de causas, podéis comprender que para empezar una campaña de organización, de actividad, de lucha, se precisa, para dar los primeros pasos, una dosis de fuerza, de valentía y sobre todo un capital. A este efecto por medio de una suscripción a devolver y un poco de crédito en la imprenta, hemos tirado 10.000 ejemplares; los que, repartidos gratis en circulares, hubieran impedido pagar la imprenta y devolver el dinero a los que lo han avanzado. Mientras que editado como folleto, dando diez centavos por cada uno que se adquiera, es casi seguro recoger el dinero gastado: y si hay voluntad en cada compañero para coger varios folletos y venderlos a sus amigos, en más o menos tiempo recogeríamos este dinero y algo más para continuar la propaganda.

Así es, compañeros: los componentes de la Intersindical somos todos obreros, y como tales nuestros recursos son como los vuestros. Un poc cada uno y entre todos recogeremos lo necesario para llevar a cabo nuestro proyecto.

El Folleto $ 0, 10   El Cien $ 7,00

Pedidos a M. MARTINEZ

SUIPACHA 74   B. AIRES

LA SOLIDARIDAD PARA UN FIN

por R. MELLA

Problema siempre planteado, y jamás resuelto prácticamente, la armonía de los intereses continúa siendo el objetivo de las escuelas reformadoras y revolucionarias. Los mismos partidos doctrinarios no dejan de intentar la solución del conflicto permanente de los antagonismos sociales. En el propósito, siempre que se trate de hombres de buena fe, hay que reconocer la justicia de todas las ideas.

Así, en el fondo de las diversas doctrinas que agitan el mundo, es necesario hallar una característica común a todas las aspiraciones. Cuál sea ésta al tratarse de oposición y lucha de intereses, no es difícil determinarlo. Armonizar elementos opuestos, poner de acuerdo fuerzas antagónicas, sumar lo que por su diferente naturaleza tiende a destruirse, no hay medio de conseguirlo como no sea por un régimen cualquiera de más o menos amplia solidaridad social. Toda organización establecida y todo plan de organización futura lo supone necesariamente, pues asociarse para la vida común, juntarse en un propósito general de comunes desenvolvimientos, sea el que fuere el principio generador de la comunidad, equivale a declarar establecido o necesario el establecimiento de la solidaridad humana. Es, por tanto, evidente que la característica común a las aspiraciones de los hombres es la necesidad reconocida de un régimen solidario de convivencia social.

Pero al punto que la divergencia de las ideas surge y la multitud inmensa de teorías y principios en radical oposición solicita las preferencias individuales, dilúyese como por ensalmo en el seno inconoscible del humano cerebro la común característica que a los hombres liga fatalmente por encima de todos los particulares intereses y de todos los egoísmos hereditarios. La divergencia truécase en lucha, y para sumarnos comenzamos destruyéndonos mutuamente, como si la guerra fuese el hecho real que eternamente hubiera de negar el hecho ideal de la solidaridad humana. El bruto, en imposible maridaje con el ser moral, produce aquel dualismo entre la realidad y la idealidad del hombre. El egoísmo animal en consorcio

singular con la generosa aspiración del pensamiento que forja el idilio de una vida feliz imperecedora, tráenos a cada instante la evidencia de un antagonismo siempre creciente y siempre pujante.

La multitud se divide, se fracciona. Dos corrientes poderosas solicitan las opiniones, y cada cual, según su mentalidad particular, sigue o déjase arrastrar por los elementos que con él concuerdan. A un lado se dirigen los egoísmos del bruto. Al otro las generosidades del hombre. Los que creen en la animalidad eterna, sepáranse de los que afirman un constante proceso de humanización. Los unos piensan en organizar un mundo de animales. Los otros un mundo de hombres. La reconciliación es imposible.

Por esto, cuando los doctrinarios nos hablan de solidaridad, es a reserva de mantener en pie todos los antagonismos, todas las oposiciones y todos los intereses en lucha. Pretenden sumar cantidades algebráicas de signos contrarios, y la suma se convierte en una sustracción. La subordinación entre los hombres, la lucha continua entre sus opuestos intereses, sancionada a toda hora por los teorizantes de los hechos consumados, es como de orden natural cosa indestructible que el espíritu de solidaridad apenas logra amenguar en sus manifestaciones más brutales. La solidaridad se convierte para los doctrinarios en la sanción reglamentada del combate sin fin entre los humanos.

¿Se engaña la humanidad en sus anhelos? ¿Tienen razón los defensores del código de la guerra?

A poco que se reflexione, toda duda desaparecerá. Los hombres propenden cada vez más a entenderse. Vencida a cada paso su inmensa mayoría, dáse cuenta de la perentoria necesidad de la asociación para la lucha por la vida. Cada uno encuéntrase insuficiente para pelear solo. Quiere sumar sus fuerzas a otras fuerzas y conquistar para sí por la comunidad lo que individualmente no podría lograr. Su vecino no es un enemigo; es un asociado. De todas partes inmenso clamoreo demanda un cambio radical en las formas de la vida colectiva. Las ciudades, como las naciones, son grandes comunidades en que cada individuo es enemigo de todos los demás. Preténdese convertirlas en comunidades de hermanos. Quiérese que la solidaridad efectiva de los intereses identifique al individuo con el grupo, que el interés de uno sea el interés de todos, que el interés de todos sea el interés de uno.

Las propias actuales agrupaciones de hombres son la plena confirmación de la posibilidad de un régimen verdaderamente solidario. Desaparece el trabajador aislado y surgen multitud de asociaciones industriales. Los gremios renacen fuertes. El mismo capitalista no se arriesga sólo a los vaivenes de la fortuna. Todo el mundo solicita el apoyo de otros. El obrero asóciase también para luchar colectivamente contra la explotación de que se le hace objeto. La solidaridad alienta en todas partes. Es una tendencia evidente de los tiempos nuevos.

¿Será una realidad en el porvenir?

Si el porvenir pertenece al Socialismo, la solidaridad será un hecho real.

La amenaza de una próxima revolución está en el ambiente. La igualdad de condiciones económicas es su lema. Ninguna de las escuelas socialistas que se disputan el dominio de las masas, prescinde de aquel principio. Todas lo proclaman, y como si esto no fuera bastante, del campo de la filosofía y del positivismo y aun del campo de la política salen voces de sinceridad que proclaman que la igualdad de condiciones económicas es la expresión terminante de la justicia.

Igualdad de condiciones económicas y comunidad de vida son una misma cosa. La solidaridad es el término que expresa más claramente la indentificación de los intereses, la comunidad de medios y de fines. La solidaridad, por tanto, es todo el próximo porvenir por el cual luchan sin tregua las masas obreras y hacia el que concurren poco a poco las simpatías de la mayoría de los hombres. Sobre todo de aquellos que no ha corrompido una riqueza desproporcionada o un poder excesivo.

Ciertamente que el mundo social carece de hábitos de solidaridad; que la asociación resulta efímera unas veces, dañosa otras; que el egoísmo individual, sostenido por la educación, tiene todavía demasiado arraigo en los corazones. Pero el hábito se adquiere con el ejercicio; la cooperación se afirma cuanto más se identifican los intereses, y el egoísmo se amortigua cuando llega a no ser necesario. Vivimos todavía en plena guerra y es necesario que el espíritu de conservación individual se sobreponga a toda otra consideración. Los intereses son demasiado antagónicos para que la cooperación sea sincera. Y, en fin, nacemos y crecemos y morimos en un ambiente de odio bastante arraigado para que los bellos senti-

mientos de la solidaridad hayan podido manifestarse aún bajo la máscara de la compasión caritativa.

Más esos sentimientos viven en nosotros y corroboran principios e ideas que lentamente van triunfado de los prejuicios tradicionales; La fraternidad se hace cada vez más viva, más sincera, y el mismo instinto de conservación personal se amplifica y comprende que la conservación colectiva y la conservación individual se dan la mano, no pueden existir separadamente y se confunden en un mismo pricipio de persistencia universal. La evolución de las ideas acompaña a la evolución de los sentimientos y ambas hacen su camino.

¿Qué falta? Remover los obstáculos sociales que impiden la transformación inmediata del mundo. Establecer nuevas condiciones de existencia que permitan el ejercicio de la solidaridad, la práctica de la cooperación, la manifestación libérrima de los altruísmos nacientes. Falta un sacudimiento social que nos devuelva a la igualdad, que es la justicia, que coloque a todos los humanos en condiciones equivalentes de desenvolvimiento, que renueve el ambiente empobrecido en que actualmente vivimos para que en un proceso de adaptación, más o menos largo, se haga habitual lo que en principio será simplemente concierto voluntario de todos los hombres aptos para el trabajo y dispuestos, por su propio interés y por el de los demás, a concurrir a la obra común de organizar el nuevo mundo de la Solidaridad.

Porque no pretendemos que en un solo día, y por arte de magia, se realice el programa amplísimo del socialismo revolucionario. La derrota del orden actual de cosas, no supone la realización inmediata del ideal. La obra de la revolución será trabajosa y larga. La comunidad de los medios de producir será establecida en mayor o menor extensión en todas partes; la libertad, más o menos amplia, decretada, por así decirlo, en multitud de villas y ciudades; el socialismo triunfará por doquier y comenzará a desenvolver todo el contenido de su doctrina. El socialismo puramente anarquista, vencedor en las calles, será de hecho la obra del tiempo, tanto más lenta cuanto menores sean las disposiciones de los hombres para el ejercicio de la libertad y de la igualdad. Así la solidaridad, tal como la concebimos, no será probablemente realizable de golpe. Más bien resultará de conciertos parciales entre individuos y entre colectividades, limitada aquí, más amplia allá, no bien entendida en muchas partes. La enorme suma de las preocupaciones

y costumbres heredadas, constituirá el mayor obstáculo a su desenvolvimiento. Pero por el ejercicio se adquiere el hábito, y en el transcurso del tiempo llegará a ser completamente habitual lo que en principio no habrá de ser más que fruto de contratos en que el deseo de justicia se hallará en parte neutralizado por el egoísmo hereditario no bien desterrado de los corazones.

La solidaridad es, pues, un fin; la meta hacia la que camina el humano linaje sin descanso. Empujado por la imponente ola del socialismo, llegará rápidamente a ensayarla. La igualdad económica y la libertad social, lo más amplia posible, iniciarán el ensayo. La práctica total de la solidaridad pertenece a la evolución del porvenir, a un mundo nuevo en que, ante el espíritu creciente de abnegación, retrocederán todos los egoísmos primitivamente animales y socialmente tradicionales.

La tarea de nuestros tiempos consiste en allanar el camino al porvenir. Difundamos sin cesar las ideas nuevas y preparemos por la propaganda y por el ejemplo a las venideras generaciones para la práctica del más bello de los sentimientos humanos: la Solidaridad.

¿QUE ES EL SINDICALISMO?

POR A PESTAÑA

Nos hallamos ante un momento de desorientación general; todo el mundo se pregunta: ¿Qué va a pasar? ¿Qué quieren estos señores? ¿Qué son los Sindicatos? ¿Qué es el Sindicalismo?

Nosotros lo hemos de decir francamente; no hemos de tener temor de confesarlo: nosotros vamos, como fin, a la socialización de la tierra y de la producción; vamos al comunismo.

Nosotros vamos a garantizar a todos los trabajadores su derecho a la vida; nosotros queremos que todo hombre que produce, que todo hombre que es útil a la sociedad, que todo hombre que desempeña una función que redunda en beneficio de sus conciudadanos, que todo hombre, por lo menos, tenga asegurado el pan en la mesa y la educación de sus hijos.

Ahora bien; ¿qué medios hemos de emplear para llegar a ese fin? ¿Cómo vamos a poder realizar eso?

He aquí nuestra lucha por la organización: nosotros creemos que los hombres organizados en nuestros Sindicatos pueden conseguir esas mejoras. Nosotros no soñamos, como se cree (no soñamos a no estar dormidos, como le ocurre a todo el mundo). Nosotros no creemos que la revolución está ya encima, ni que el problema social se va a resolver así como así.

Nosotros creemos que hay que realizar una labor honda, profunda; que hay que penetrar en el hombre, que hay que roturar su cerebro, que hay que penetrar en el fondo y arrancar de allí algo de la animalidad que tiene para hacerle hombre; creemos que hemos de elevar escuelas, que hemos de elevar cátedras y que hemos de decir a los trabajadores que tienen derechos, pero que también tienen deberes; nosotros no somos de los de la manga ancha como algunos suponen; nosotros no creemos en eso de pasearnos en automóvil mientras otros se arrastran por el suelo: para eso ya habría bastante con este régimen y no tendríamos necesidad de destruirlo e ir a otro. No; nosotros creemos que si la burguesía hoy no procede lógicamente al condenarnos a la esclavitud y a la miseria, nosotros procederíamos mal si hiciéramos con ellos lo que ellos hacen ahora con nosotros.

¿Qué ideales de justicia serían esos? ¿Qué ideales de justicia tendría quen así pensara? ¿Qué ideales de justicia mantendríamos si nuestra ambición fuera elevarnos por encima de los demás, sin tener en cuenta a los que por nuestro lado pasan? Nosotros no somos partidarios de la miseria; no creemos que todo el mundo haya de ir roto y sucio, ni que todo el mundo haya de vivir en cuevas; queremos que todos los hombres tengan asegurado un hogar, tengan asegurado el pan, tenga asegurada su instrucción. Creemos que los hombres existen para algo más que para matarse y destruirse unos a otros; creemos que están hechos para conquistar los misterios que la Naturaleza encierra: que los hombres han nacido para vivir una vida digna y noble; creemos que el trabajador, el hombre que labra la tierra, el que penetra en el fondo de las minas, el que cruza el mar, tiene tanto derecho a la civilización, a la cultura, a la instrucción y al arte, como cualquier aristócrata.

Nosotros creemos, no sé si equivocadamente; pero los hechos demuestran que no, que de los audaces es la victoria; y claro está que esta audacia no estriba en humillar a los demás, sino en seguir nuestro camino. La situación política de este país yo no la voy a juzgar (todos cuantos me escucháis

que vivís en la Corte y muchos son actores y figuras de magnitud en la política, la conocéis bastante más que yo, que, además, soy lego en la materia); pero sí sé que vamos de desastre en desastre; que aquí cada uno hace lo que le da la gana, lo que puede y lo que quiere; y que, como no hay respeto, nosotros no tenemos por qué guardarle respeto a nadie. Esto parece un poco atrevido; pero es que las cosas se han de decir tal como se sienten. Yo no pretendo que se haga lo que yo digo; yo digo lo que pienso y con decirlo me basta.

Nosotros no podemos tampoco cerrar la frontera a las ideas que nos vienen de otros países; nosotros no podemos tampoco encerrarnos en un castillo de cristal y decir: Allá harán lo que quieran; nosotros somos nosotros. Esta actitud la compararía al avestruz que dicen que cuando se ve en peligro esconde la cabeza debajo del ala para no verlo, y así aguanta.

Imitaríamos a los avestruces en este caso. Nosotros hemos de hacer labor práctica.

Si los hombres de arriba, si los hombres de Gobierno, si los hombres políticos se entretienen en esas luchas bizantinas de cae tú para que me ponga yo; si la lucha no es para mejorar la nación sino para conquistar el sillón de la presidencia; si lo que afecta a la nación española no se trata así, con luz y taquígrafos, sino entre los bastidores de la cámara regia, ¿qué nos puede importar a nosotros de todo esto? No nos puede importar nada. ¿Por qué? Porque no vemos audacia en estos hombres ni en estos que se llaman innovadores de la política

Aquí se necesitan hombres que rompan con estas tradiciones en un sentido o en otro. Poco nos importa lo que digan los demás. Hablo en un sentido que acaso mis compañeros me lo reprochen; pero tengo que decirlo, porque diciendo lo que siento procedo noblemente.

Nosotros decimos a todos los que quieran renovarse, que ha llegado el momento de las grandes decisiones; que los que quieran intervenir en la vida pública; los que se quieran desviar del cauce cenagoso y sucio en que se desarrolla la vida española, han de hacer un esfuerzo y decir: con el pueblo o contra el pueblo. Hemos de prepararles el camino para seguir la verdadera ruta; los aires renovadores de fuera nos obligan a ello. Nuestro impulso y nuestro temperamento debe hacer algo por el bien del país, porque si no será éste un país de cadáveres galvanizados, hombres que andarán, pero sin voluntad,

porque serán cuerpos sin alma, sin ilusiones ni pensamientos.

Es preciso, se impone de una vez que si hay espíritu cívico, si hay ciudadanía, se manifieste de alguna forma; es necesario que la injusticia, único lema de este país, desaparezca; hace falta acabar con eso de que el Africa empieza en los Pirineos.

Y no es que al hablar así yo sea nacionalista, no; soy internacionalista, soy hombre del mundo; pero ya que me hallo en este país, y en él hemos de luchar y en él es donde yo tengo derechos de ciudadanos, aquí puedo decir lo que pienso y siento, y ya que en él me hallo, trabajo aquí por el prgreso de los compañeros, de los trabajadores, por su elevación material e intelectual. Si los demás no lo hacen, allá ellos; yo cumplo con mi deber.

Nosotros, hasta ahora, hemos limitado nuestra organización a Cataluña; en lo sucesivo, la vamos a extender a toda España, y lo vamos a hacer convencidos de que nuestros procedimientos son lógicos y racionales; vamos a decir á todos los trabajadores de España que sigan el lema de la Internacional: «La emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabapadores mismos»; vamos a decirles: no os fieis de ninguno que se os presente con capa de redentor, sea blanco o rojo, que todo el que pretende redimir a los demás, lo que va es a elevarse y a encumbrarse por encima de ellos. Yo no pido nada, ni un acta de diputado, ni un puesto de concejal, ni de nada, sin que esto quiera decir que no haya hombres que lo pidan de buena fe. Yo he dicho que era antipolítico y lo sostengo aquí y en todas partes, y creo que si esperamos que de otros nos llegue la emancipación, si esperamos que otros nos hagan hombres, si aguardamos a que otros piensen por nosotros, perdemos el tiempo y hacemos abdicación de nuestra personalidad; nos sometemos como borregos a lo que otro individuo quiera hacer de nosotros, y que así como en nuestra vida privada no vamos a confiar a nadie jamás el resolver las cuestiones de nuestra casa, así tampoco en la vida pública debemos dejar resolver nuestras cuestiones a los demás. Pero, por otra parte, ¿es que no tenemos todos derecho a intervenir en la vida pública, a aportar nuestro juicio y nuestros razonamientos sobre todos los asuntos, sean éstos grandes o pequeños? ¿Con qué razón entonces, si a aquellos a quienes se los hemos encomendado, lo hacen mal, podremos exigirles cuentas más tarde? Si lo abandonamos a su arbitrio,

si les dejamos hacer lo que quieran, no podremos luego lamentarnos de que vayan por un camino por el que no deben ir. Y es que el no pensar, el no trabajar, el no luchar, podrá parecer algo insignificante; dejar que otros piensen por uno mismo parece que no tiene interés.. Pues bien; sí lo tiene. Cuando yo veía centenares y millares de trabajadores que se lamentaban de su situación, que decían: «¡Qué mal estoy, siempre sufro, nunca tengo lo suficiente para vivir, no tengo libertad, no puedo ir por la calle sin ser acosado, mi suerte es triste y negra!», yo les decía: «¿De qué te lamentas, querido amigo?» ¿Has hecho algo por salir de esa situación? Y cuando me respondían «no, no he hecho nada», contestaba: «Ah, entonces no tienes derecho a lamentarle; lo tendrá aquel que hizo algo por mejorar, no el que nada hizo; si te metes en casa, si te amilanas, si te humillas, si te sometes, si aceptas todo lo que los demás hacen sin protestar, si no quieres aportar tu juicio, si no lo discutes, si no lo analizas, ¿con qué derecho te lamentas de que los demás lo hagan mal? No tienes ningún derecho para hacerlo».

Pues bien, yo repito a los trabajadores: ¿Queréis hacer algo en pro de vuestra emancipación? Pues acudid a la lucha; la lucha es vida, y si queréis vivir, habéis de luchar. Las ideas son como la tierra, que necesita que el hombre la fecunde; el labrador, el campesino, el labriego deja en ella su sudor y su sangre. Pues las ideas también requieren el sacrificio de los hombres, también necesitan que se luche por ellas, también hace falta fecundarlas. Cuando los hombres ven una mujer bella, la aman, la abrazan, la besan y, si pueden, la fecundan, porque ese es el síno de la vida; pues con las ideas pasa lo mismo; que si son grandes y bellas, los hombres han de amarlas, han de sacrificarse por ellas y han de fecundarlas con su sangre y su inteligencia, ya que no puedan darla otros jugos.

Como os decía al principio, nuestra organización vamos a hacérsela comprender a todos los trabajadores de España; nosotros queremos que se discuta, no somos de aquellos que creen que siempre tenemos razón; ni creemos que lo que decimos se ha de aceptar. Nosotros creemos en aquel aforismo que dice: «De la discusión sale la luz». El hombre que discute, al mismo tiempo que hace la luz para él, hace la luz para los demás; nosotros creemos que las ideas sin hombres que las amen, sin hombres que las defiendan, sin hombres que

las implanten, que procuren extenderlas por todo el mundo, no tienen valor alguno. Podrá ser muy grande el descubrimiento de un doctor; podrá descubrir, acaso, un suero cont a el tifus, contra la peste, contra la más terrible dolencia; pero si cuando este hombre ha conseguido hacer tal descubrimiento se encierra en su laboratorio y se guarda lo que para él es un secreto, la Humanidad no tendrá nada que agradecerle. Me causan risa esos hombres que nos dan a conocer la Historia de España dueños de una gran potencia intelectual, hombres que parece que nos alumbran a través de los tiempos y que, cuando se encontraron frente a una dificultad con la cual habían de luchar, se encerraron en su casa y exclamaron: «El pueblo ,que haga lo que quiera».

Creo que la victoria es de los que luchan, y claro está que los hombres que luchan o que luchamos, mejor dicho, no somos inteligentes, no somos filósofos; pero, ¿qué importaría una cabeza que no tuviera brazos que ejecutaran? Se necesita una cabeza que piense, pero también es preciso un brazo que realice, así como el brazo que ejecuta necesita también un cerebro que piense.

El hombre que concibe una idea, por pequeña que sea, y la lleva a todas partes, a la Prensa, a la tribuna, y la expone para que se discuta y analice, realiza una labor de progreso, lleva a cabo una obra civilizadora. Los hombres que, en cambio, conciben una idea, por grandiosa que sea, y se encierran en su torre de marfil sin transmitirla a nadie, carece de todo mérito. Por eso nosotros, que somos más bien hombres de lucha que de cátedra, hemos venido aquí a decir lo que pensamos, a decir lo que hacemos, y no será la última vez que lo hagamos.

A los hombres que se amilanan se esconden y lo aceptan todo, la Historia no podrá agradecerles nada ni decir que trabajaron por el bien de los pueblos.

No es que nosotros aspiremos a que se nos perpetúe en lápidas. No las necesitamos. Basta que de aquí a dos mil años un hombre de los que estudian sepa que hubo un pueblo que luchó por su mejoramiento y un pueblo que quiso conquistarse la libertad y su personalidad y trabajar por las generaciones que habían de sucederle. De no hacerlo así, el recuerdo de la Historia será para vosotros implacable. Haced lo que queráis.

Yo creo, como os decía antes, que todos hemos de apor-

tar nuestra participación. En Cataluña hemos hecho lo que hemos sabido y lo que podíamos hacer. Vosotros debéis hacer lo mismo. Nosotros tenemos la convicción plena, profunda, de que sin esfuerzo no se conquista nada, no se llega a la meta. Hay que hacer un esfuerzo, hay que trabajar. Nosotros os decimos: Si queréis ayudarnos, si queréis hacer lo que nosotros hacemos, bien venidos seais; si no lo queréis, peor para vosotros y para nosotros también, porque no creemos que podamos hacerlo todo nosotros, sino que pensamos que ha de ser con ayuda de todos.

En este terreno nosotros vendríamos aquí con más frecuencia, nosotros repetiríamos los actos, como el de hoy, para llevar al pueblo madrileño el convencimiento de la obra que realizamos, para explicar cómo y de qué manera hemos procedido nosotros. Si desecháis nuestra obra, si no la aceptáis, nos encogeremos de hombros y seguiremos nuestro camino.

Tened en cuenta que no retrocederemos ante nada ni ante nadie. Nos hemos impuesto el trabajar por todos y lo haremos. Sólo pedimos al pueblo de Madrid, tanto a los intelectuales como a los manuales, a todos aquellos hombres que viven de su salario — no lo podemos pedir a los rentistas porque son nuestros enemigos irreconciliables — que se fijen en que el camino está expedito y que no hay más que ir marchando. No fiéis a nadie vuestra emancipación. Pensad que nadie ha de trabajar por vuestro mejoramiento. Repito esto, que ya lo he dicho tres o cuatro veces, para que os deis bien cuenta de ello, y no fiando a nadie vuestra emancipación, trabajaremos por realizarla nosotros mismos.

Queremos, por lo menos, equipararnos al resto de Europa, y podemos decirlo con orgullo: nuestra organización, nuestros Sindicatos funcionan mejor que los del resto de Europa; esa es la única cosa que no hemos imitado del extranjero.

La obra está ahí: analizadla, discutidla. Nosotros venimos a exponerla aquí, y la expondremos un día y otro para que se discuta, que no queremos que se acepte a ojos cerrados.

Y después de haberla discutido decidnos si os conviene o no; es más: podéis ampliarla y mejorarla.

Nosotros entendemos que la libertad ha de radicar en el individuo, y de éste irradiar a la colectividad; no creemos en la revolución desde arriba, sino en la revolución de abajo; estamos seguros de que los Gobiernos no han de hacer libre al pueblo; es el pueblo el que ha de suprimir a los Gobiernos

para hacerse libre. ¡A esta labor os invitamos! Aceptadla o no ¡Allá vosotros!

NOCIÓN DE DIOS Y NOCIÓN DEL ESPACIO

por F. Ameghino

¿Hay algo que en verdad exista, o que cuando menos pueda ser concebido en sana lógica como existente, que esté más arriba que el espacio y la materia?

Pregunta es esa que toca tan de cerca a las creencias que se han recibido en herencia de centenares y centenares de generaciones que han precedido a la nuestra, que para formularla, se necesita cierto grado de atrevimiento, y para desligarse de las ideas preconcebidas que se han recibido como legado, una dosis nada común de imparcialidad; condiciones ambas, indispensables para poder juzgar la cuestión con recto y elevado criterio.

No hay pueblo alguno que no crea en la existencia de un ser superior que gobierna el Universo y es autor y origen de todas las cosas.

Si quisiera llevarse medianamente lejos un examen del origen y la razón de ser tal creencia, ese examen reclamaría por sí solo todo un grueso volumen. Sólo voy, a tocar, incidentalmente, la cuestión en algunos de sus principales puntos, y ello de una manera rápida, de lo cual no puedo eximirme por la forzosa relación que ella tiene con el tema principal.

Y, sin más preámbulos, y para entrar de lleno en materia, digo que la existencia de un ser superior, creador del Universo, es incompatible con la noción de la existencia y la eternidad del espacio y la materia.

Se ha visto precedentemente, que el Universo, en su conjunto, sólo se compone de dos cosas: la «materia», que existe porque existe y porque es lo que es; y el «espacio», que también existe, aun cuando su existencia no sea, como en el caso precedente, material, porque, por el contrario, él es el emblema de lo inmaterial y podría definirse como «lo que no es», aun cuando su existencia es una realidad innegable, evidente y demostrable.

No me resulta posible imaginar la existencia de algo, fue-

ra de esas dos nociones que todo lo dominan: «espacio» y «materia».

Ahora bien: si Dios existe, o él es material o él es inmaterial; o es «espacio» o es «materia».

Si Dios es material, es materia y forma parte de ésta; es palpable y tangible y, por lo tanto, tiene que estar en alguna parte, pero sólo en una parte limitada del «espacio», sea ella tan grande como se quiera, pero siempre una parte del «espacio», puesto que el lugar que ocupa una cosa material, así sea tan infinitamente pequeña como se quiera o como se pueda concebirla, no puede ser ocupada por otra. Y, por cierto, ese no podría ser el Dios que se nos enseña.

Si por el contrario, Dios es inmaterial, puede no ocupar «espacio»; pero en tal caso su existencia no es posible, porque no hay ninguna otra cosa inmaterial que no sea el «espacio». Todo cuanto existe, que es todo lo material, ocupa «espacio». Luego: si Dios no es material, no puede ocupar espacio, y, por consiguiente, si no ocupa «espacio», no existe.

Pero, ¿puede haber en sí mismo algo más absurdo que un ser que no sea material, que no es ser, que no existe, en una palabra, puesto que no es materia?

En cualquier forma que se aborde el estudio y la solución del problema, se llega a la misma conclusión. La «nada» no existe en el Universo, porque el «espacio» mismo es «algo». Ni existe el «vacío» tampoco, porque el «espacio» contiene en todas partes «materia» en estado de densidad más o menos ponderable.

Pero aun admitiendo que la existencia del vacío fuese posible, éste sería «espacio» sin ocupar, «espacio» sin materia o «espacio» vacío, como quiera llamársele, pero no sería Dios; no sería algo capaz de haber creado el «espacio».

Para poder admitir que el espacio ha sido creado, sería necesario admitir que en una determinada o indeterminada época del infinito tiempo no existió el espacio. Y ¿puede por un solo instante sostenerse que sea posible crearse lo que no tiene existencia positiva, y eso es el «espacio»? En fin: ¿qué puede ser creado lo que no es creable?

En el supuesto paradójico de que exista un ser supremo tan poderoso como se quiera, admítase el gran disparate de que pueda haber creado la «materia». Si la creó también podría destruirla. El que puede lo más, puede lo menos. Admítase, pues, también la herejía (y no es otra cosa) de que un

buen día en que Dios se encuentre de mal humor, puede así mismo reducir a la nada a la «materia». ¿Qué quedaría entonces? La «nada»; el vacío; pero en realidad el espacio, que es indestructible, porque así es y porque es absurdo imaginar que pueda ser de otro modo.

¿Quién quiere contestarme qué quedaría en el universo, una vez que el «espacio» quedase reducido a la «nada»?... ¡El «espacio», siempre el «espacio», en todas partes el «espacio»! Y es claro que si Dios no puede reducir a la nada el «espacio», no es Dios, porque entonces no es omnipotente.

La coexistencia de dos infinitos inmateriales a un mismo tiempo es imposible. Es un contrasentido. Uno de ellos no existe, es superfluo o innecesario. Lo único inmaterial que existe, es el infinito «espacio». No puede, pues, existir el infinito Dios.

El espacio ha existido siempre, y siempre existirá. Absolutamente lo mismo que la materia. Y no puede haber nada superior ni al uno ni a la otra.

Ello resulta evidente, además, por poco que se piense en cómo han tomado origen ambas nociones: la del espacio y la de Dios.

La idea de Dios es una idea primitiva, simple, sencilla, infantil, hija del temor que engendra lo desconocido y de la ignorancia, que sólo tiene ojos para ver las apariencias. Idea nacida con el hombre desde el estado salvaje y que ha ido modificándose poco a poco a medida que el hombre se civilizaba y cultivaba su inteligencia, hasta hacer de tal idea una concepción puramente metafísica, dotada de atributos no menos metafísicos, sirviéndome de esta expresión en su acepción más vulgar, que quiere que sea metafísico todo aquello que no se comprende. Y en efecto: nada hay, por consecuencia, tan metafísico como la noción de Dios y de sus atributos, puesto que todo ello es lo más incomprensible.

La noción de espacio es, por el contrario, una idea compleja, que sólo ha podido presentarse en espíritu elevados y afirmarse como resultado del conocimiento previo del Cosmos.

Una no deja lugar para la otra; y así como todo pueblo inferior se aniquila, desaparece y se extingue al estar en contacto con uno superior, así también la noción de Dios se disipa ante la concepción mucho más grandiosa, a la par que real y positiva, de la eternidad de la infinita materia, en movimiento infinito, que llena el infinito espacio.